

estos hombres de haber muerto tranquilamente por otro hombre que los hubiera engañado, y que no habiendo resucitado, como había prometido, se hubiera burlado durante su vida de su credulidad y de su flaqueza. No tache, pues, el impío de credulidad á los incompreensibles Misterios de la Fé; demasiado crédulo es menester que él sea para poderse persuadir á unas suposiciones tan increíbles.

Finalmente, la fé de estos misterios ha hallado docilidad en todo el universo: en los Cesares, á los que degradaba de la clase de los dioses; en los Filósofos, á quienes convenia de ignorancia y vanidad; en los sensuales, á quienes no predicaba mas que cruces y trabajos; en los ricos, á quienes obligaba á la pobreza; en los pobres, á quienes mandaba que amasen su necesidad, y abatimiento; y en todos los hombres, cuyas pasiones combatia. Esta fé predicada por doce pobres, sin ciencia, sin talento, y sin protección, ha sujetado los Emperadores, los sábios, los ignorantes, las ciudades, y los Imperios. Unos misterios tan insensatos en la apariencia, han trastornado todas las Sectas, y todos los monumentos de una soberbia razon; y la locura de la Cruz ha sido mas sabia que toda la sabiduría del siglo. ¿Pero qué digo? Todo el universo ha conspirado contra ella, y los esfuerzos de sus enemigos solo han servido para asegurarla. Ser fiel, y estar destinado á la muerte eran dos cosas inseparables; y con todo eso el peligro era un atractivo nuevo; quanto mas violentas eran las persecuciones, mayores progresos hacia la fé; y la sangre de los Mártires era la semilla de los fieles. ¡Oh Dios mio! ¿Quien no vé en esto el dedo de vuestra mano? ¿Quién por estas señas no conoce el carácter de vuestra obra? ¿Dónde está el entendimiento que no conoce disiparse aquí la vanidad de sus dudas? ¿y qué aún se avergüenza de sujetarse á una doctrina que ha sujetado á todo el universo? Pero no solamente esta sujecion es razonable, sino que tambien es gloriosa para el hombre.

SE-

SEGUNDA PARTE.

LA soberbia es la raíz oculta de la incredulidad; en aquella ostentacion de talento que hace al incrédulo que desprecie la comun creencia, hay una deplorable singularidad que le lisongea, y hace que suponga en sí mas fuerzas y mas claras luces que en los demás hombres, por haberse atrevido á sacudir un yugo que sujeta á todos, y á oponerse temerariamente á lo que todos hasta él se han contentado con adorar.

Para quitar, pues, á la incredulidad este tan fatal consuelo, basta el evidenciar que no hay cosa mas gloriosa para la razon que la fé; gloriosa por parte de las promesas que en sí encierra para lo por venir; gloriosa por la situacion en que al presente coloca al fiel; gloriosa, finalmente, por parte de los grandes modelos que propone á su imitacion.

Gloriosa por parte de las promesas que en sí encierra; ¿Quáles son las promesas de la fé, Católicos? La adopcion de Dios, una compañía inmortal con él, la redencion perfecta de nuestros cuerpos, la eterna felicidad de nuestras almas, la libertad de las pasiones, el fijar nuestros corazones con la posesion del verdadero bien, el ilustrar nuestros entendimientos con la luz inefable del entendimiento divino; y el hacernos dichosos con la vista clara y permanente de la verdad; estas son las promesas de la fé; ella nos enseña que nuestro origen es divino, y nuestras esperanzas eternas.

Ahora os pregunto, ¿puede avergonzarse la razon de creer unas verdades que tanto honran la inmortalidad de su naturaleza? ¿Sería acaso, Católicos, mayor felicidad para el hombre el tenerse por de la misma naturaleza que las bestias, y esperar el mismo fin?

fin? ¿Podrá parecerle al incrédulo que se hace mas honor en no tenerse mas que por un vil barro, que organizó la casualidad, y que se disolverá del mismo modo, sin fin, sin destino, sin esperanza, sin más uso de su razon y de su cuerpo que el de encenagarse brutalmente como las bestias en los deleytes carnales? ¿Juzgará mejor de sí teniendose por un desgraciado, á quien la casualidad colocó en la tierra, sin esperar nada despues de su vida; cuya mas suave esperanza es volver á caer muy presto en la nada; sin estar unido á ningun ser fuera de sí; reducido á buscar su felicidad en sí mismo, sin hallar en sí mas que inquietudes y secretos temores? ¿Es esta aquella terrible distincion que tanto lisongea á la soberbia del incrédulo? ¿Gran Dios! ¿Qué cosa tan gloriosa es para vuestra verdad el no tener mas enemigos que unos hombres de este carácter? Por lo que á mí toca, decía San Ambrosio á los incrédulos de su tiempo, me precio de creer unas verdades que son de tanto honor para el hombre. *Juvat hoc credere.* Esperar unas promesas de tanto consuelo. *Sperare delectat.* No creerlas sería castigarme infelizmente á mí mismo. *Non credidisse poena est.* ¡Ah! Si me engaño, queriendo mas esperar la eterna compañía de los justos en el seno de Dios, que en tenerme por de la misma naturaleza que las bestias, es un error que me agrada, el que estimo, y del que no quiero desengañarme. *Quid si in hoc erro, quid me Angelis post mortem sociare malo quam bestiis, libenter in hoc erro, nec unquam ab hac opinione, dum vivam, fraudari patiar.*

Pero si la fé es gloriosa por parte de las promesas que en sí encierra para lo por venir, no lo es menos por parte de las circunstancias en que al presente constituye al fiel. Figuraos aqui, Católicos, un ver-

dadero justo; que vive de la Fé, y confesareis precisamente que no hay cosa mayor que él en la tierra, es dueño de sus deseos, y de todos los movimientos de su corazon; exerce un glorioso imperio sobre sí mismo; posee su alma en paciencia y en tranquilidad; y gobernando todas sus pasiones con el freno de la temperancia, es humilde en la prosperidad, constante en la desgracia, alegre en las tribulaciones, pacífico con los que aborrecen la paz, insensible á las injurias, compasivo en las aflicciones de los que le ultrajan, fiel en sus promesas, religioso en sus amistades, é inexorable en sus obligaciones; no le mueven las riquezas porque las desprecia, no apetece los honores, porque los teme; y es mayor que el mundo entero, porque le mira como un poco de polvo. ¿Qué elevacion esta!

La Filosofia no destruí el vicio sino con el vicio mismo: Enseñaba con el fausto á despreciar al mundo, por grangearse los aplausos del mismo mundo; mas buscaba el honor que resulta de la sabiduría, que la misma sabiduría; al mismo tiempo que intentaba destruir las demás pasiones, se levantaba siempre una pasión mas peligrosa sobre las ruinas de las demás, es á saber, la soberbia; semejante á aquel Principe de Babilonia, que solamente arruinó los dioses de su nacion para levantar sobre sus ruinas su impía estatua, y aquel coloso horrible de soberbia que quiso fuese adorado de toda la tierra.

Pero la Fé eleva al justo sobre su misma virtud; le hace aun mayor en lo íntimo de su corazon y en la presencia de Dios, que en la de los hombres; el justo perdona sin soberbia, es desinteresado sin vanidad, sufre sin querer que lo conozcan los demás, modera sus pasiones sin conocerlo él mismo, él solo ignora la gloria y el mérito de sus acciones; en vez

de mirarse á sí con complacencia, se avergüenza mas de sus virtudes, que el pecador de sus vicios; en vez de buscar aplausos, oculta sus obras de luz, como si fueran obras de tinieblas; en su virtud no tiene mas interés que el amor de su obligacion; obra solamente en la presencia de Dios, y como sino hubiera mas hombres que él en la tierra. ¡Qué elevacion! Buscad, si podeis, alguna cosa mayor en la tierra; registrad todos los diversos géneros de gloria con que el mundo honra la vanidad de los hombres, y ved si todos juntos pueden llegar á este grado de grandeza á que eleva la Fé al hombre justo.

¿Qué cosa puede hallarse, amados oyentes míos, mas honorífica para el hombre que este estado? ¿Os parece que es mas glorioso, mas respetable, mas grande, quando sigue las impresiones de un instinto brutal, quando se halla esclavo del rencor, de la venganza, de la concupiscencia, de la ambicion, de la envidia, y de todos los monstruos que sucesivamente reynan en el corazon?

Porque vosotros, los que os preciais de no creer, ¿sabeis lo que es ser incredulo? Es ser un hombre sin buenas costumbres, sin probidad, sin Fé, sin carácter determinado; que no tiene mas regla que sus pasiones, mas ley que sus injustos pensamientos, mas dueño que sus deseos, mas freno que el temor de la autoridad, ni mas Dios que á sí mismo; es un hijo desnaturalizado, pues cree que solamente la casualidad le dió padre; un amigo infiel, pues no mira á los hombres mas que como unos tristes frutos de un conjunto fortuito y casual, á los que solo está unido con lazos perecederos; es un Señor cruel, pues se persuade á que es el mas fuerte y mas feliz, y que siempre tiene razon; y así de hoy en adelante ¿quién podrá fiarse de vosotros? Vosotros no temeis á Dios, no respetais á los hom-

hombres, no esperais nada despues de esta vida; la virtud y el vicio os parecen preocupaciones de la niñez, y efecto de la credulidad de los pueblos: los adulterios, las venganzas, las blasfemias, las mas horribles perfidias, las abominaciones, que apenas pueden nombrarse, no son para vosotros mas que prohibiciones humanas, y preceptos establecidos por la política de los legisladores: los mas horrorosos delitos, y las mas puras virtudes son iguales para vosotros, pues muy prontamente una eterna aniquilacion igualará al justo con el impío, y los confundirá para siempre en el horror del sepulcro. Sois un monstruo en la tierra, ¿se lisongea, acaso, vuestra soberbia con la idea que se os acaba de hacer presente de vosotros mismos? ¿Cómo podeis sufrir ni aun su imagen?

Por otra parte, quereis acreditar vuestra irreligion de fuerza de entendimiento; pero averiguad el origen de vuestro libertinage, y hallareis que es la corrupcion de vuestro corazon. ¿Hubierais pensado jamás en ser impío, si hubierais podido juntar la Religion con vuestros deleytes? Empezasteis á dudar de una doctrina que se oponia á vuestras pasiones, y luego que empezó á seros incómoda la tubisteis por falsa, y habeis intentado persuadiros lo que quisierais que fuera cierto, esto es, que todo muere con nosotros, que las penas eternas eran terrores de la educacion, que las inclinaciones que nacióron con nosotros no podian ser delitos, y todas aquellas máximas del libertinage que ha vomitado el infierno; facilmente creemos lo que deseamos. Salomón no adoró los dioses de las mugeres extranjeras sino por hallar tranquilidad en sus disoluciones; si los hombres nunca hubieran tenido pasiones, ó si á éstas las hubiera autorizado la religion, nunca hubiera habido incrédulos en la tierra; y prueba de esta verdad es, el que en los instantes en que os hallais disgustados del delito, os volveis sin

conocerlo á la religion: en los instantes en que se hallan mas en calma vuestras pasiones se minoran vuestras dudas, tributais en lo íntimo de vuestros corazones, aun á pesar vuestro, un secreto respeto á la verdad de la Fé, y por mas que queráis debilitarle, no podeis extinguirle; al primer amago de muerte levantais los ojos al cielo, reconocéis al Dios que os castiga, os arroja en el seno de vuestro Padre, y del autor de vuestro sér; temeis la eternidad que os habiaispreciado de no creer, y humillados baxo la mano del Todo poderoso, dispuesta á caer sobre vosotros, y deshaceros como á un gusano de la tierra, confesais que él solo es grande, sábio, inmortal, y que el hombre no es mas que mentira y vanidad.

Finalmente, si necesitara de nuevas pruebas para mi asunto, os manifestaria quan gloriosa es la Fé para el hombre por parte de los grandes modelos que propone á nuestra imitacion. Acordaos de Abraham, de Isaac, y de Jacob, decian en otro tiempo los Judios á sus hijos: Acordaos de aquellos hombres santos que os han precedido, los que por su fé han merecido un testimonio tan glorioso, decia San Pablo á los fieles, (a) despues de haberlos contado de siglo en siglo, en aquel excelente capítulo de su Carta á los Hebreos, sus nombres, y las mas maravillosas circunstancias de su vida.

Esta es la utilidad de la Fé Christiana: acordaos de todos los grandes hombres que han vivido sujetos á ella en todos los siglos: Principes magnánimos, Conquistadores religiosos, Pastores venerables, Filósofos ilustrados, Mártires gloriosos, Anacoretas penitentes, Virgenes puras y constantes, y Heroes en todo géne-

(a) *Hebr. II. v. 39.*

ro de virtud. La Filosofía enseñaba una sabiduría pomposa, pero el Sabio que ésta pretendia formar, no se hallaba en parte alguna; pero en la Fé, ¡qué multitud de testigos, qué tradicion continuada de heroes Christianos desde la sangre de Abél hasta nosotros!

Ahora, pues, os pregunto: ¿Os avergonzareis de seguir las pisadas de tantos hombres ilustres? Poned á un lado todos los grandes hombres que la Religion ha dado al mundo en todos los siglos, y á otro el corto número de espíritus perversos y desesperados que ha producido la incredulidad: ¿Os parece mas glorioso el seguir este último partido, y tomar por vuestra guía y modelo aquellos hombres, de cuyo nombre no nos podemos acordar sin horror; aquellos monstruos, que por pura permission de la providencia produjo la naturaleza de tiempo en tiempo, que seguir á los Abrahams, los Josephes, los Moyses, los Davides, los hombres Apostólicos, y los justos del antiguo y nuevo Testamento? Contemplad, si podeis, este paralelo. ¡Ah! en otro tiempo, decia San Gerónimo, aunque con distinto motivo, si juzgais que voy errado, tengo por cosa gloriosa el engañarme siguiendo á tales guías: *Si me deprehenderit errantem, parcere me, quaso, errare cum talibus.*

Y ahora, Católicos, permitidme que dexando por un instante á los incrédulos, dirija á vosotros mis palabras. La incredulidad declarada podrá ser un vicio raro entre nosotros; pero no es menos rara la sencillez de la fé; nos horrorizaria sin duda el separarnos de la creencia de nuestros padres; pero queremos criticar su buena fé: No dudamos del fundamento de nuestros misterios; pero obedecemos como Filósofos, imponiendonos nosotros mismos el yugo, callando las verdades santas, abrazando unas como razonables, disputando de otras, y midiendolas con nuestras débiles luces; y nuestro siglo con especialidad está lle-

no de estos medio fieles, que con pretexto de separar de la Religion lo que la credulidad, ó las preocupaciones la pueden haber añadido, quitan á la fé todo el mérito de la sumision.

Pero, Católicos, la santidad de nuestra fé quiere que no habéis de ella sino con una religiosa circunspeccion. La fé es una virtud casi tan delicada como la castidad; qualquiera duda, qualquiera palabra la ofende; un leve soplo, por decirlo así, la mancha: Y con todo eso, ¿qué libertades no se usan hoy en las conversaciones acerca de lo mas respetable que se halla en la fé de nuestros padres? ¡Ah! en la ley antigua no podia el hombre tomar en su boca el solo nombre de el Señor, y hoy lo mas augusto de la Religion es el asunto de las conversaciones mundanas: de todo se habla, y en todo se decide con libertad. Unos hombres vanos, de un talento superficial, sin mas conocimiento de la Religion que algo mas de temeridad que los ignorantes y el pueblo; sin mas ciencia que unas dudas vulgares y comunes, las que han aprendido, pero no las han formado; unas dudas, tantas veces aclaradas, y que solo parece que subsisten para honra de la verdad; unos hombres, que con una vida distraída, jamás han dedicado una hora de atencion seria á las verdades de la Religion, cortan, y deciden en unos puntos, para los que apenas bastaria una vida entera, dedicada al estudio, y acompañada de talento y devocion.

Tambien algunas personas de un sexô, en el que su mayor mérito debiera ser la ignorancia en ciertos puntos, en los que, á lo menos, la educacion y el bien parecer piden que aunque sepan, afecten ignorar: Unas personas que tienen mas conocimiento del mundo que de Jesu-Christo, que no saben de la Religion ni aun lo que deben saber para reglar sus costumbres, proponen dificultades, y quieren que se

se las expliquen; temen excederse en la creencia, dudan de todo menos de sus miserias, y del visible desorden de su vida. ¡Oh Dios! De este modo entregais los pecadores á la vanidad de sus pensamientos, y permitís que los que quieren ver con demasiada claridad vuestros adorables secretos, nunca se conozcan á sí mismos. La Fé, pues, es gloriosa para el hombre, como habeis visto. Solo resta probar que le es necesaria.

TERCERA PARTE.

LA necesidad de la Fé es entre todos sus caractéres el que hace mas inexcusable al incrédulo. Los demás motivos de que nos valemos para atraerle á la verdad le son como estraños, por decirlo así; pero éste se saca de su propio caudal, quiero decir, del mismo carácter de su corazon.

Digo, pues, que la Fé es absolutamente necesaria al hombre en los oscuros caminos de esta vida, porque su razon es flaca, y es necesario ayudarla; porque está corrompida, y es preciso curarla; porque está vacilante, y es menester fijarla. La Fé, pues, es el unico socorro que la ayuda y aclara, el remedio que la cura, el freno y la regla que la sujeta y la fija. Escuchadme aun por un breve rato, que no seré molesto.

Digo en primer lugar, que la razon es flaca, y que necesita de socorros: ¡Ah Católicos! No nos conocemos ni á nosotros mismos, ni á quanto existe fuera de nosotros. Ignoramos como hemos sido formados, los grados imperceptibles con que nuestro cuerpo recibió la formacion y la vida, los infinitos resortes y el divino artificio que hace mover toda nuestra máquina. Aquella ilustre madre de los Machábéos decia anti-
gua-

guamente á sus hijos: Yo no sé como aparecisteis en mis entrañas: yo no os di el alma, el espíritu, ni la vida que en ellas recibisteis; yo no dispuse la maravillosa estructura de vuestros miembros, ni coloqué cada uno en su lugar; la mano invisible del Autor del universo fue la que lo hizo todo. *Nescio qualiter in utero meo apparuistis: nec enim ego spiritum & animam donavi vobis, & vitam, & singulorum membra non ego ipsa compegi: sed mundi Creator, qui formavit hominis nativitatem.* (a) Solamente nuestro cuerpo es ya un misterio en que el entendimiento humano se pierde y se confunde, y cuyos secretos jamás conocerá, y solo el que presidió á su formación puede conocerlos.

Tampoco conocemos aquel soplo de la Divinidad que nos anima, aquella porción de nosotros mismos que nos hace capaces de amar y de conocer. No sabemos como se forman sus deseos, sus temores, sus esperanzas, ni como ella puede subministrarse á sí misma sus ideas y sus imágenes. Nadie hasta ahora ha podido comprender como este sér espiritual, tan distante por su naturaleza de la materia, se ha podido unir á ella en nosotros con unos lazos tan indisolubles; como estas dos substancias no forman mas que un mismo todo; y como son comunes á ambas los bienes y los males. Nosotros somos un misterio para nosotros mismos, como decía San Agustín; y aun nos costaría trabajo el decir en qué consiste esta vana curiosidad que quiere saberlo todo, y cómo se formó en nuestra alma.

En lo exterior no hallamos mas que enigmas. Vivimos como extranjeros en la tierra, y entre objetos que

(a) 2. Machab. 7. v. 22. & 23.

que no conocemos. La naturaleza es para el hombre un libro cerrado, y parece que el Criador para confundir la soberbia humana quiso cubrir de tinieblas la superficie de este abismo.

Levantad los ojos, ó hombres, contemplad aquellos grandes cuerpos de luz que están colgados sobre vuestra cabeza; que nadan, digamoslo así, en esos espacios inmensos en que vuestro entendimiento se anega. ¿Quién formó el Sol, dice Job, y quién dió nombre á la infinita multitud de estrellas? Comprehended, si quereis, su naturaleza, su uso, sus propiedades, su situación, su distancia, sus apariciones, y la igualdad ó desigualdad de sus movimientos. Nuestro siglo ha descubierto algo, esto es, ha conjeturado algo mejor que los siglos anteriores; pero qué es lo que hemos averiguado, si se compara con lo que todavía ignoramos.

Baxad á la tierra, y decidnos, si es que lo sabeis, ¿quién detiene á los vientos en los lugares en que están encerrados? ¿Quién dirige el curso de los rayos y de las tempestades? ¿Cuál es el fatal punto que pone límites al ímpetu de las olas de la mar? ¿Y cómo se forma el prodigio tan regular de sus movimientos? Explicadnos los efectos prodigiosos de las plantas, metales y elementos; averiguad cómo se purifica el oro en las entrañas de la tierra; explicad, si podeis, el infinito artificio que entra en la formación de los insectos que vemos arrastrar sobre la tierra; dadnos la razón de los diferentes instintos de los animales; á qualquiera parte que os volvais, no os ofrece la naturaleza mas que enigmas; ¿ó hombres! ¿No conoceis los objetos que teneis á vuestra vista, y quereis ver con claridad las eternas profundidades de la Fé? La naturaleza es para vosotros un mysterio, ¿y querriais una Religión que no los tuviese? ¿Ignorais los secretos del hombre, y quereis conocer los secretos de Dios? ¿No

os conoceis á vosotros mismos , y quisierais profundizar lo que tanto os excede? El Universo , que Dios entregó á vuestra curiosidad , y á vuestras disputas , es un abismo en que os perdeis , ¿ y quisierais que en los Misterios de la Fé , los que solamente ha expuesto á vuestra docilidad y á vuestro respeto , no hubiese nada que se ocultase á vuestras débiles luces? ¡ Qué desorden! Si exceptuando la Religion todo lo demás fuera perceptible, tendríais alguna aparente razon para desconfiar de sus tinieblas , pero supuesto que aun en lo exterior todo es obscuro para vosotros , el secreto de Dios, dice San Agustín , debe hacerlos mas respetuosos y mas atentos , pero no mas incredulos : *Secretum Dei intentos debet facere , non adversos. (a)*

Fundase , pues , primeramente la necesidad de la Fé en la flaqueza de la razon; pero al mismo tiempo se funda tambien en que ésta está profundamente viciada. Y á la verdad , ¿ qué cosa habia mas natural para el hombre que el conocer á su Dios , al autor de su sér y de su felicidad , su principio y su fin? ¿ Que el adorar su sabiduría , su poder , su bondad , y todas las divinas perfecciones , de las que gravó tan profundas y tan bien impresas señales en su obra? Estas luces nacieron con nosotros ; con todo eso , recorred los siglos de la tinieblas y de la supersticion , que precedieron al Evangelio , y ved hasta qué punto degradó el hombre á su Criador , y con quién comparó á su Dios. No hay cosa tan despreciable entre las criaturas de que su impiedad no se fabricase dioses , y el hombre fue la mas noble divinidad que adoró el hombre.

Si pasais de la Religion á la moral , todos los principios de la equidad natural estaban borrados , y el hombre no llevaba ya escrita en su corazon la obra de aquella ley que en él habia gravado la naturaleza. Platón

(a) *Tract. 28. in Joann.*

aquel hombre tan sabio , que segun San Agustín se acercó tanto á la verdad , pretendió no obstante aniquilar la santa institucion del matrimonio , y permitiendo una brutal confusion entre los hombres , confundia los nombres y los derechos paternos , que la misma naturaleza ha respetado siempre , aun entre los animales , y daba á la tierra unos hombres absolutamente ignorantes de su origen , que todos , por decirlo asi , naciesen sin padre , y por consiguiente sin union , sin amor , sin afecto , sin humanidad , todos expuestos á ser incestuosos , ó parricidas sin saberlo.

Otros enseñaron á los hombres que el soberano bien consistia en el deleyte , ¿ y cuál pudo ser la intencion del primer Autor de esta secta? Es evidente que sus discípulos no buscaban mas felicidad que la de las bestias ; las vergonzosas disoluciones se hicieron máximas de Filosofía. Roma , Athenas , Corinto vieron en sus ciudades tales excesos , que no parecian hombres. Aun es poco esto. Los mas abominables vicios se vieron allí consagrados ; se les levantaron templos y altares ; la deshonestidad , el incesto , la crueldad , la perfidia , y los mas vergonzosos delitos fueron ensalzados á divinidades ; el culto llegó á ser un desorden y una pública prostitucion ; y unos dioses tan malvados no se honraban sino con culpas ; y el Apostol que nos lo refiere cuida de advertirnos , que este desorden no existia solamente entre el pueblo , sino tambien entre los Sabios y Filosofos , que se habian extraviado con la vanidad de sus discursos , y á quienes Dios habia entregado á los corrompidos deseos de su corazon. ¡ Oh Dios mio! Quando permitisteis que la sabiduría humana cayese en tan monstruosos desordenes , quisisteis enseñar al hombre que la razon sola , entregada á sus propias tinieblas , es capaz de todo , y que ella no puede guiarse á sí misma sin caer en unos abismos de donde solamente vuestra Fé y vuestra luz puede sacarla.

Finalmente, si el estar viciada la razon nos dá á conocer la necesidad que tenemos de un remedio que la cure; sus inconstancias y sus eternas variedades enseñan tambien al hombre que no puede vivir sin un freno y una regla que la fixe.

Y si fuera permitido á la brevedad de un discurso el decirlo todo, os refiriera aqui las vanas disputas, las infinitas cuestiones, y las opiniones diferentes que antiguamente dividieron las escuelas de la Filosofía Pagana. Y no juzgueis que esto era en aquellas materias que parecia haberlas entregado Dios á las disputas de los hombres, sino sobre la naturaleza del mismo Dios, sobre su existencia, sobre la inmortalidad del alma, y sobre la verdadera felicidad.

Unos dudaban de todo; á otros les parecia que todo lo sabian; unos no querian Dios alguno, otros se los fabricaban á su fantasía; esto es, algunos pensaban que era un Dios ocioso, que miraba con indiferencia todas las cosas humanas, que dexaba tranquilamente á la casualidad el gobierno de su propia obra, como si fuera un cuidado indigno de su grandeza, é incompatible con su descanso; otros le tenian por esclavo de los hados, y sujeto á unas leyes que él mismo no se habia impuesto; unos creían que estaba incorporado con todo el Universo, que era el alma de este vasto cuerpo, y parte de un mundo que todo es obra suya. No sé lo que diga, pues no puedo decirlo todo. Quantas eran las escuelas, otras tantas eran las opiniones en un punto tan esencial. Quantos siglos ha habido, otras tantas han sido las extravagancias acerca de la inmortalidad y naturaleza del alma; en unas partes la tubieron por un conjunto de átomos, en otras por un fuego sutil; unos decian que era un ayre delicado; en otra escuela se enseñaba que era una porcion de la Divinidad; unos la hacian morir con el cuerpo; otros la hacian vivir antes que el cuerpo; algunos la hacian pasar de un cuerpo á otro, del del hom-

bre

bre al del caballo, de la condicion de una naturaleza racional, á la de los animales incapaces de razon. Tambien hubo quien enseñase que la verdadera felicidad del hombre se hallaba en los sentidos; muchos la pusieron en el entendimiento; otros creían hallarse solamente en la reputacion y en la fama; muchos en la inaccion y en la pereza; y lo mas deplorable es, que la existencia de Dios, su naturaleza, la inmortalidad del alma, el fin y la felicidad del hombre, puntos todos tan esenciales para su destino, tan importantes para su eterna felicidad ó desdicha, eran no obstante unos problemas, que por ambos partidos solamente estaban destinados á dividir el ocio de las escuelas, y la vanidad de los sofistas, y unas cuestiones inútiles, en las que nadie se interesaba por averiguar la verdad, sino solamente por la gloria de haber vencido; así ¡ó gran Dios! os burlabais de la sabiduría de los hombres.

Si entramos en los siglos christianos, ¿quién podrá referir aqui aquella infinita variedad de sectas, que en todos los tiempos han dividido la unidad por seguir estrañas doctrinas? ¿Qué abominaciones las de los Gnosticos? ¿Qué extravagancias las de los Valentinianos? ¿Qué fanatismo el de Montano? ¿Y qué contradicciones las de los Manichéos? Registrad todos los siglos uno á uno, y como es necesario que haya heregías para probar á los justos, vereis que en cada edad ha sido la Iglesia tristemente despedazada por ellas.

Basta el acordarse de las disensiones del siglo pasado. Despues que nuestros hermanos se separaron de nosotros, ¿qué monstruosa variedad no se observa en su Doctrina? ¿Quantas sectas han nacido de una secta? ¿Quantas asambleas particulares de un mismo scisma? *Aquel illustre Reyno (*) que nos era tan amado por su vecindad, por sus desgracias, y por unos augustos y sagrados la-*

(*) Inglaterra.

zos, (**). ¿á cuántos diferentes partidos sobre la Religión se halla hoy entregado? ¿Con cuántas opiniones y sectas se halla hoy despedazada aquella Iglesia tan venerable, y en otro tiempo tan fecunda de Santos? Allí cada uno es para sí mismo su ley, y su juez; y la Religión dominante es, por decirlo así, el no tener ninguna. ¡Oh fé! ¡Oh don de Dios! ¡Oh luz divina que vienes á iluminar un lugar obscuro, y qué necesaria eres para el hombre! ¡Oh regla infalible baxada del cielo, y dada en deposito á la Esposa de Jesu-Christo, siempre la misma en todos los siglos, siempre independiente de los lugares, de los tiempos, de las naciones, y de los intereses, y como es preciso que sirvas de freno á las eternas inconstancias del espíritu humano! ¡Oh columna de fuego, tan oscura y luminosa al mismo tiempo, y cuánto importa el que siempre guies el campo del Señor, el tabernáculo y las tiendas de Israel por entre los peligros del desierto, los escollos, las tentaciones, y los caminos oscuros y desconocidos de esta vida!

¿Qué utilidad sacareis vosotros, Católicos, de este discurso, y qué podré deciros para concluir? Vosotros decís que teneis fé, manifestad vuestra fé por vuestras obras. ¿De qué os habrá servido el creer, si vuestras costumbres han desmentido vuestra creencia? El Evangelio aun es mas Religión de corazón, que de entendimiento. La fé de los verdaderos Christianos no es una simple sujecion de la razón, es un piadoso movimiento del alma; es un continuo deseo de ser semejantes á Jesu-Christo; es una aplicacion infatigable á destruir quanto se halla en nosotros opuesto á la vida de la fé. Hay una incredulidad de corazón tan peligrosa para la salud eterna como la del entendimiento. Un hombre que

(**) Jacobo II. Rey de Inglaterra, y la Reyna su mujer estaban en S. German de Layes.

que se obstina en no creer, despues de todas las pruebas de la Religión, es un monstruo que horroriza; pero un Christiano que cree, y vive como si no creyese, es un insensato cuya locura es incomprehensible: El uno se condena como desesperado; el otro como insensato, que se dexa llevar tranquilamente de las olas, y que cree poder salvarse de este modo. Haced, Católicos, cierta vuestra fé con vuestras obras, y si os horrorizais solo con oír nombrar al impío, horrorizaos tambien de vosotros; pues la fé nos enseña que la suerte del mal Christiano no será diferente de la suya, y que tendrá el mismo destino que los infieles. *Partem ejus cum infidelibus ponet.* Conformad vuestra vida con vuestra creencia. Esta es la fé de los justos, y la única á quien están hechas las promesas eternas. Amen.



SERMON
PARA EL VIERNES

DESPUES DE CENIZA,
SOBRE EL PERDON DE LAS
injurias.

Audistis quia dictum est antiquis : Diliges proximum tuum, & odio habebis inimicum tuum. Ego autem dico vobis : Diligite inimicos vestros.

Habéis oído qué se dixo á los antiguos: Amarás á tu próximo, y aborrecerás á tu enemigo. Pero yo os digo: Amad á vuestros enemigos. *Matth. 5. v. 43. & 44.*

Comunmente se cree que el Legislador de los Judíos usó de una especie de condescendencia y de cuidado al tiempo de publicar la ley del perdon de las ofensas, y que obligado á contemporizar con la flaqueza de un pueblo carnal, y persuadido además de esto á que entre

tre todas las virtudes el amor de los enemigos era la que costaba mas repugnancia al corazon del hombre, se contentó con reglar la venganza, y ponerla límites; no porque quisiese con esto, como dice San Agustin, autorizar los males menores, para precaver los mayores excesos. Esta ley, como todas las demás, tenia su santidad, su bondad, y su justicia; pero mas era un estatuto político, que una regla de piedad: Era muy á propósito para mantener la tranquilidad exterior del estado; pero no tocaba al corazon, y no llegaba á la raíz de los rencores y de las venganzas. Con ella solo se intentaba contener al agresor, amenazandole con la misma pena con que él hubiese molestado á su hermano; ó poner freno á lo sensible de la ofensa, dexandole el temor de que si se excedía en la satisfaccion, se exponia á padecer él mismo el exceso de su venganza.

Aun la Moral de los Filósofos habia puesto el perdon de las ofensas en el número de las virtudes; pero esto mas era pretexto de vanidad, que regla de disciplina; y consistia en que les parecía que la venganza tenia en sí no sé que baxeza, que hubiera desfigurado el retrato y la soberbia tranquilidad de su sabiduría, y porque les parecia cosa vergonzosa el no poderse manifestar superiores á una ofensa. Y así el perdon de los enemigos solo se fundaba en el desprecio que de ellos se hacia. Se vengaban, menospreciando la venganza; y la soberbia facilmente se desquitaba del gusto de vengarse de los que los habian ofendido, en la gloria que se sentia en despreciarlos.

Pero la ley del Evangelio en orden al amor de los enemigos no lisongea á la soberbia, ni condesciende con el amor propio. El Christiano no debe hallar mas consuelo en perdonar las ofensas, que el de obedecer é imitar á Jesu-Christo, los títulos que en un enemigo le presentan un hermano, y la esperanza de